

Editorial Andrés Bello



Cecilia Beuchat

UN PERRO CONFUNDIDO





Amadeo, el perro
de los Martínez, se estiró.
Su cuerpo parecía
aún más largo de lo que era.

Movió las orejas
de un lado a otro,
se sacudió, y olfateó el aire.

Luego se volvió a echar
en la alfombra y miró a los niños
que estaban haciendo tareas.



Había llegado siendo
un cachorro de semanas,
una noche de Navidad,
y **se** podría decir que ya formaba
parte de la familia.



El perro observó a Ximena, que hojeaba las páginas de una enciclopedia. Lo hacía en forma brusca, igual que cuando se acercaba a él y le agarraba las orejas para dárselas vuelta

y reírse de lo divertido que se veía. Amadeo terminaba siempre por perdonarla. Ximena era muy buena y lo sacaba a pasear a la plaza cuando llegaba del colegio.



También estaba allí Martín,
que miraba fijamente
los números de su calculadora
y hacía anotaciones.



Él era el encargado de llevarlo
una vez al año donde el veterinario,
y aunque a Amadeo
esto no le entusiasmaba mucho,
aceptaba sin poner
mayores problemas.



Martín lo consolaba diciéndole que las vacunas eran necesarias y que las vitaminas servían para dejarle el pelaje más brillante.

Al regresar, le regalaba siempre un hueso como premio por portarse bien.

También la mamá de los niños le compraba todas las semanas suficiente alimento y el papá lo cepillaba cada dos días.



Cuando la abuelita venía de visita, lo mimaba hartito, y le había tejido un abrigo de lana de vivos colores.



Todos lo regalaban a cada rato y solían decirle con cariño "perrito lindo", "el salchicha más hermoso del mundo", y de muchas otras maneras.

Entonces, se dispuso
a dormir una siestecita.
No había nada más
que hacer por ahora.
Los niños tenían mucho trabajo
y no iba a haber paseo.

Amadeo apoyó la cabeza
entre las dos patas delanteras
y miró a los niños.

Qué más podría desear.
Vivía en una hermosa casa
donde lo querían y lo cuidaban.

Y Amadeo se habría quedado dormido, si no hubiese escuchado en ese momento algo que lo dejó atónito.



Su corazón comenzó a palpar con gran fuerza. Había escuchado claramente lo que Ximena le decía a Martín:



—¿Sabes, Martín?,
podríamos preparar “hot dogs”...

—“Perros calientes”

—señaló Martín riéndose—.

Buena idea; si vienen Andrés
y Paulina podemos comer
con ellos.

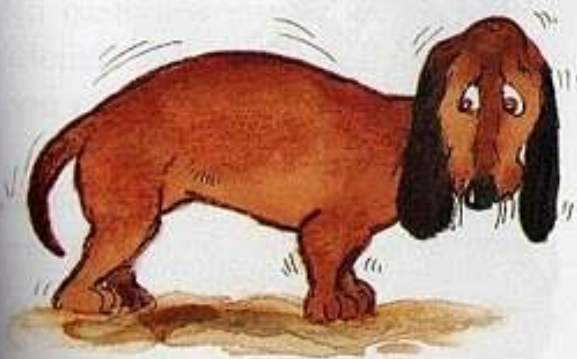
Amadeo se levantó
sobre sus cuatro patas. Su cola
parecía más erguida que nunca
y comenzó a moverla sin cesar.

—Amadeo, ¿qué te pasa?

—quiso saber Ximena.



¿Cómo que “qué te pasa”?
Estaba claro, lo había escuchado.
Iban a preparar perros calientes,
y no había dudas
de que él corría peligro.
Incluso Ximena, para disimular,
lo había dicho en inglés: “hot dogs”.



—Tranquilo, Amadeo...
—le gritó Martín.
Pero él no podía estarse quieto
y su cuerpo tiritaba cual hoja
de álamo.
—¿Sabías que los perros calientes
están relacionados
con los perros salchichas...?
—continuó Ximena.

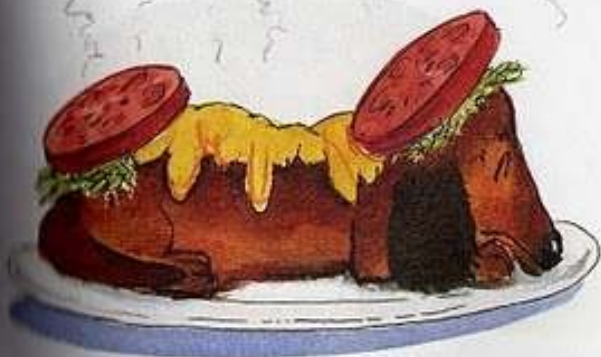


Amadeo no quiso seguir escuchando. Había que huir rápidamente. De lo contrario, iba a terminar frito en aceite, o quizás cocido en agua hirviendo.

—¿Habría suficiente mayonesa?
—preguntó Martín.

Con mayonesa. No faltaba más. No bastaba comerse un perro, además se le iba a aderezar con mayonesa.

—Sería rico ponerle palta, chucrut y tomate
—comentó Ximena.



Amadeo se sacudió violentamente.
Su largo cuerpo de color café
se convulsionaba cada vez más.
Y es que el pobre tenía miedo,
mucho miedo.



Martín se levantó
en ese momento y con cara
amenazante se acercó. El perro,
ágil como siempre,
salió corriendo hacia la cocina,
con tan buena suerte,
pues justo la mamá
había dejado abierta la puerta.



Entonces salió y se fue corriendo lo más veloz que pudo por las calles. Con sus patas cortas, pero ágiles, corrió con paso rápido por más de veinte minutos,

y cuando ya no pudo más, se dejó caer en un montón de trastos viejos que había apilados junto a un muro.





Jadeaba intensamente,
el corazón parecía
que se le iba a salir por el hocico
y tardó unos cuantos minutos
en recobrar la respiración normal.

Y allí se quedó temblando
de miedo.

Cuando llegó la noche
logró calmarse un poco,
y para protegerse del frío,
se acurrucó sobre un viejo colchón
que yacía desarmado
entre el montón de cosas viejas.



¿Qué había ocurrido con los niños? ¿Acaso no podían pensar en comer otras cosas? ¿En qué había quedado ese tremendo cariño que le habían demostrado siempre? ¿Lo habían alimentado bien para que el banquete fuera más succulento?



Y mientras más pensaba Amadeo, más se le encogía su barriguita, hasta que finalmente, vencido por el cansancio, se quedó dormido.



Mientras tanto,
los niños habían interrumpido
sus tareas para buscar al perro.
Recorrieron todo el barrio
llamándolo, pero el salchicha
no aparecía.

A la mañana siguiente, Amadeo
siguió recorriendo las calles.



Estaba muy perturbado,
y los pensamientos
le seguían dando vueltas
en su cabeza. Su corazón estaba
apretado por la pena
y no sabía a dónde ir.



¿Qué puede hacer
un perro salchicha cuando
sus amos han decidido comérselo
con mayonesa, chucrut, palta
y tomate?



Pasaron algunos días. Amadeo dormía todas las noches sobre el colchón desarmado y se alimentaba de los restos que encontraba en los tarros de basura.

Echaba de menos a los niños, pero sólo imaginarse transformado en un perro caliente servido a la mesa de los Martínez, le daba mareos.



Pasaron varios días. Una tarde decidió ir a tomar el sol a la plaza. Recordaba los paseos que había hecho con Ximena y añoraba esos momentos en que él se echaba al sol mientras la niña iba a los columpios.



Entonces vio en un árbol un cartel que decía:



“Se recompensará a quien encuentre hermoso perro salchicha que obedece al nombre de Amadeo. Sus dueños con mucha pena lo esperan en...”.

Y salía el nombre de la calle
y el número de la casa.

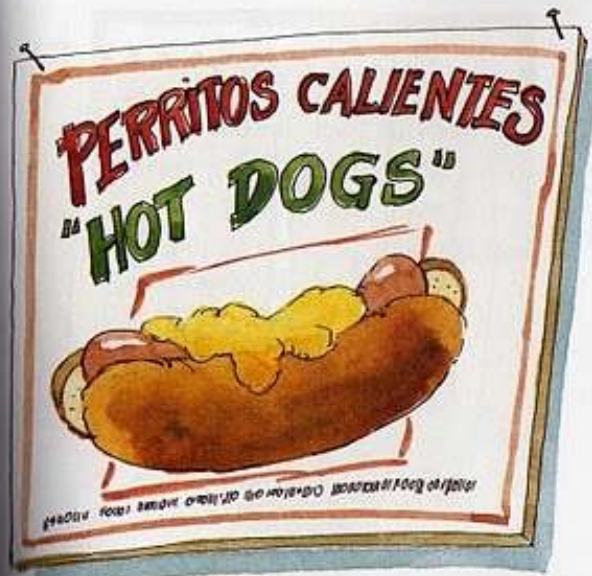
“Mi casa”, pensó Amadeo
con gran tristeza. “Claro, me esperan
para tragarme entero...”

Entonces, decidió irse lejos,
muy lejos.

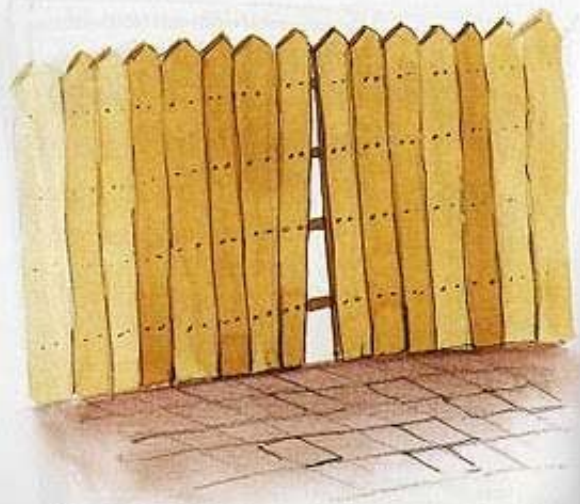


Recorrió las calles y de pronto,
no supo cómo, se encontró
frente a la escuela a donde iban
los niños. Asomado por un hueco
miró a ver si por casualidad
los divisaba. Quería despedirse
de ellos aunque fuera desde lejos.

El patio estaba vacío.
Los alumnos estaban en clases.
Y entonces vio que
en una de las paredes interiores,
cerca de una sala,
había un inmenso cartel
que anunciaba "Perritos calientes".

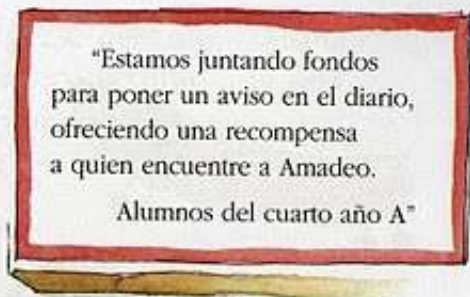


Al lado, salía en inglés "hot dogs",
y luego había un dibujo
de un pan largo
con una salchicha adentro
y mucha mayonesa.



Amadeo se irguió un poco más para ver qué decía más abajo.

Y entonces leyó algo que lo emocionó hasta el fondo de su corazón perruno:



"Estamos juntando fondos para poner un aviso en el diario, ofreciendo una recompensa a quien encuentre a Amadeo.

Alumnos del cuarto año A"





Algo no andaba bien. Amadeo miró nuevamente la salchicha del dibujo y pensó que nada tenía que ver con un perro. Claro, la forma de la salchicha tenía algo parecido a un perro salchicha, pero de ahí a... No quiso seguir pensando más.

En ese instante, sonó la campana. Amadeo se subió a la reja y tiritando de gozo buscó a los niños.



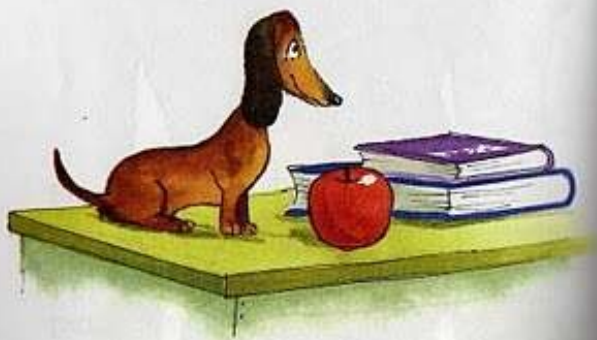


Fue entonces
que llegó el portero
y quiso echarlo de allí,
pero unos niños que jugaban
a la pelota lo divisaron
y salieron a su encuentro.

Martín y Ximena llegaron
segundos después,
y todo el colegio,
incluidos los profesores,
el inspector y la directora,
le dieron la bienvenida.



El perro fue invitado
a asistir a clase de lenguaje,
y allí la profesora explicó
que los "hot dogs"
son efectivamente "perros calientes",



pero que de perros verdaderos
no tienen nada, y menos
con un perro salchicha
tan amoroso como él.



Y cuando llegó el recreo siguiente,
Amadeo se engulló
un enorme hot dog,
preparado por los niños
del cuarto año A.

Su nariz chata
y sus patas cortas quedaron
embetunadas con mayonesa,
y su corazón canino latió
con gran felicidad.

